

Ruth Gómez (Valladolid, 1976) estudió en la Facultad de Bellas Artes de Salamanca. En Madrid ha presentado su obra - en 2009 - en una galería de tanta solera como la de Oliva Arauna, y dos años antes lo había hecho en Portugal, en un espacio de la septentrional Braga anejo al casi museo del gran galerista Mário Sequeira, alguien que además de por abstractos, o por Eugenio Ampudia, o por fotógrafos - entre otros, los alemanes y compañeros de generación Candida Höfer y Axel Hütte -, ha apostado por pintores figurativos de línea clara como el norteamericano Alex Katz - también Ruth Gómez pinta rutilantes orquídeas - o el británico Julian Opie.

Presente en la programación de museos nueva generación como el MUSAC de León - del que fue becaria en 2003 y para el cual al año siguiente realizó un vídeo titulado *Made in MUSAC* - o el CAC de Málaga, la vallisoletana combina con agilidad y gracia el dibujo, tan pujante y a la orden del día hoy a nivel tanto nacional como internacional, y el vídeo. Buen ejemplo de ese carácter híbrido del trabajo de esta artista neo-pop, influenciada por los medios de comunicación de masas y muy especialmente por la publicidad, el cómic - incluido el manga - y el videojuego, y que le confiere a cuanto hace un fuerte carácter autobiográfico, es la animación videográfica que se proyecta en el escaparate que le ha correspondido, el segundo según se viene de Sol.

Su título, *SPRAY*, remite de modo directísimo al aerosol, y el arte del grafiti, género urbano, callejero, demótico, que ya cuenta con sus profetas - en primerísimo lugar, el fotógrafo húngaro-francés Brassai, cuyo ejemplo guió en su día a Antoni Tàpies - y con sus clásicos - pensemos en dos creadores, ambos de destino trágico, como fueron los norteamericanos Jean-Michel Basquiat y Keith Haring -, y que sigue gozando de gran predicamento entre las generaciones españolas más jóvenes, que a buen seguro serán especialmente receptivas a esta propuesta urbana, cuyos rasgos distintivos son una cierta teatralidad, un cierto barroquismo y preciosismo coloristas, una cierta sensación de horror vacui.

Memoria, también, ya que además de en torno a estas tradiciones muy siglo XX, la artista ha reflexionado sobre la magia de la obra cinematográfica de un pionero de la animación como es el francés Georges Méliès, cuya cinta *Les illusions fantastiques* (1898) era el punto de partida conceptual de su aludida individual en Oliva Arauna, titulada a partir de aquella. En cuanto a sus fondos marinos, ¿cómo no pensar en Julio Verne - tan popular todavía que es el único caso en que resulta imposible no usar su nombre de pila españolizado, mientras en cambio no escribimos ya "Gustavo Flaubert" ni "Emilio Zola" - y su Nautilus?.